

*Fermín Galán*

LA BARBARIE  
ORGANIZADA

*Novela del Tercio*

*Introducción*

*César de Vicente Hernando*

☞ - STOCKCERO - ☞

© Foreword, bibliography & notes César de Vicente Hernando  
of this edition © Stockcero 2017  
1st. Stockcero edition: 2017

ISBN: 978-1-934768-90-7

Library of Congress Control Number: 2017954148

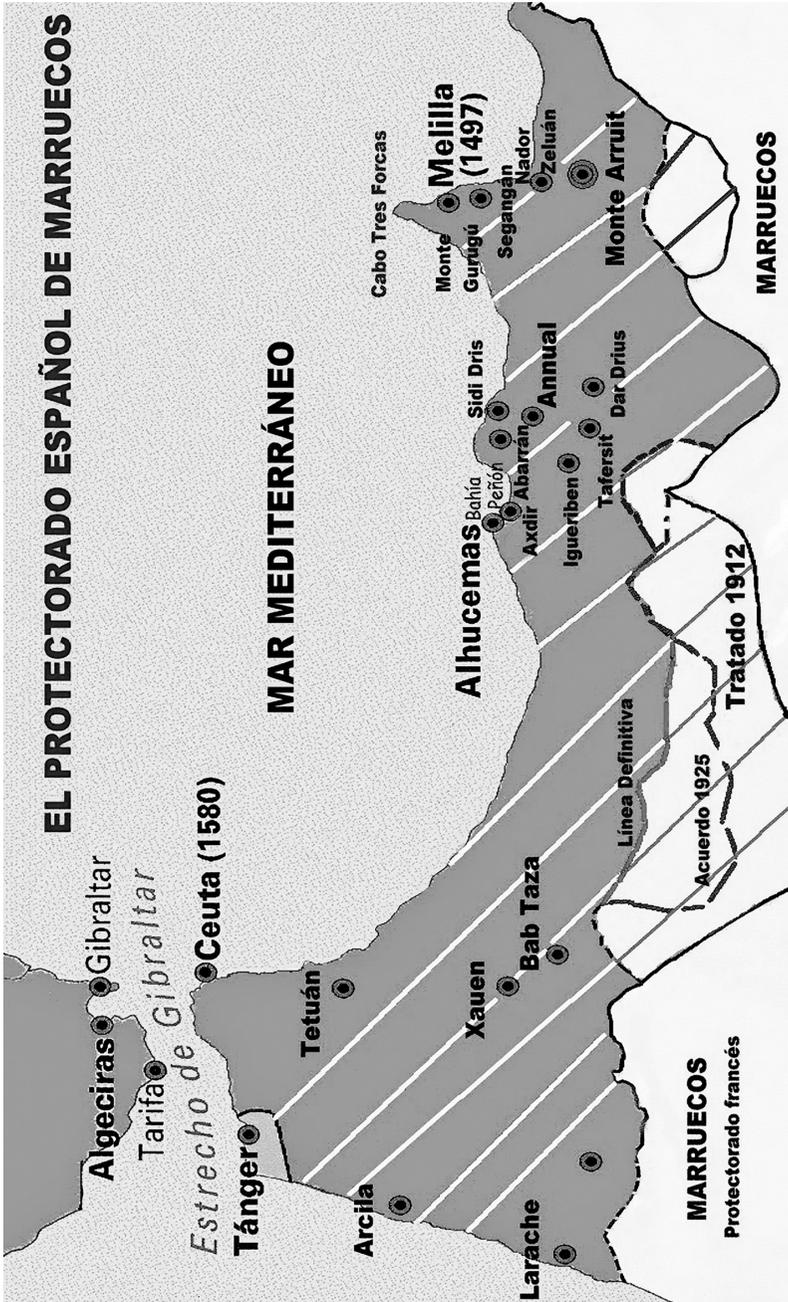
All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

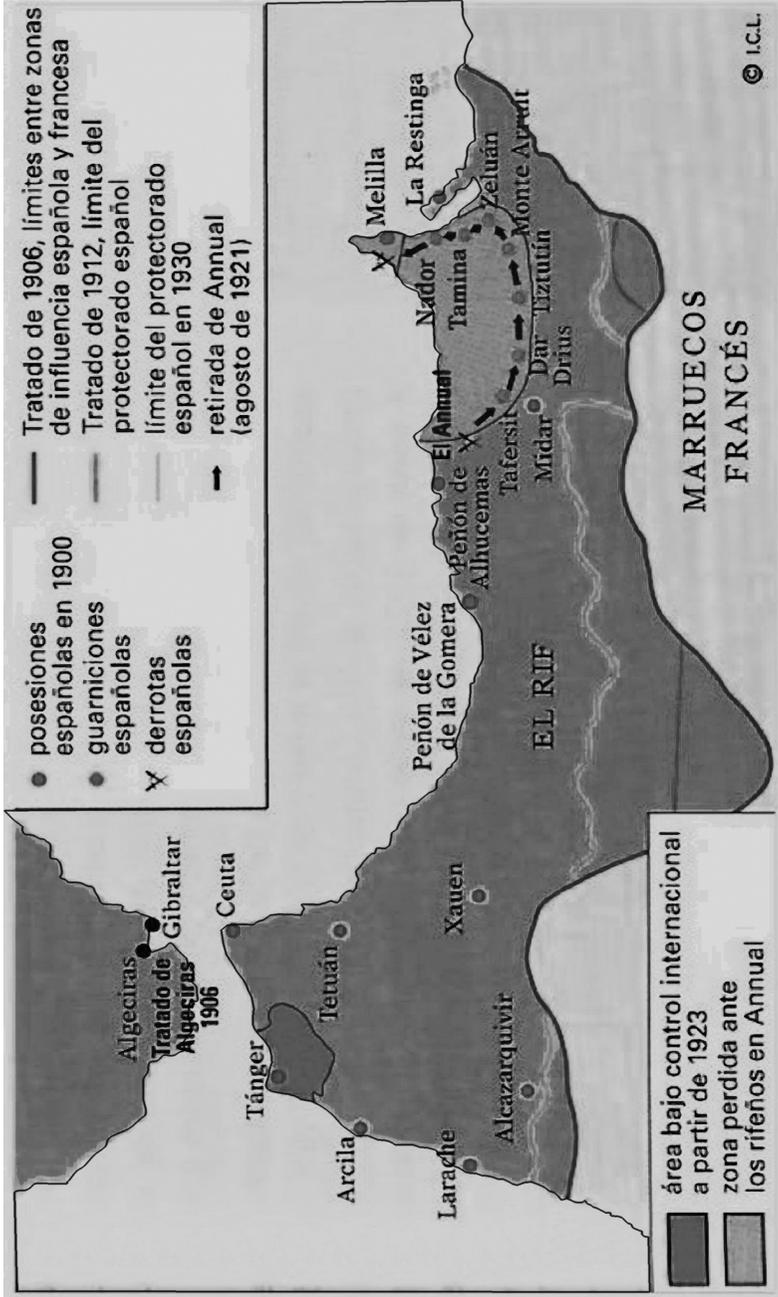
Set in Linotype Granjon font family typeface  
Printed in the United States of America on acid-free paper.

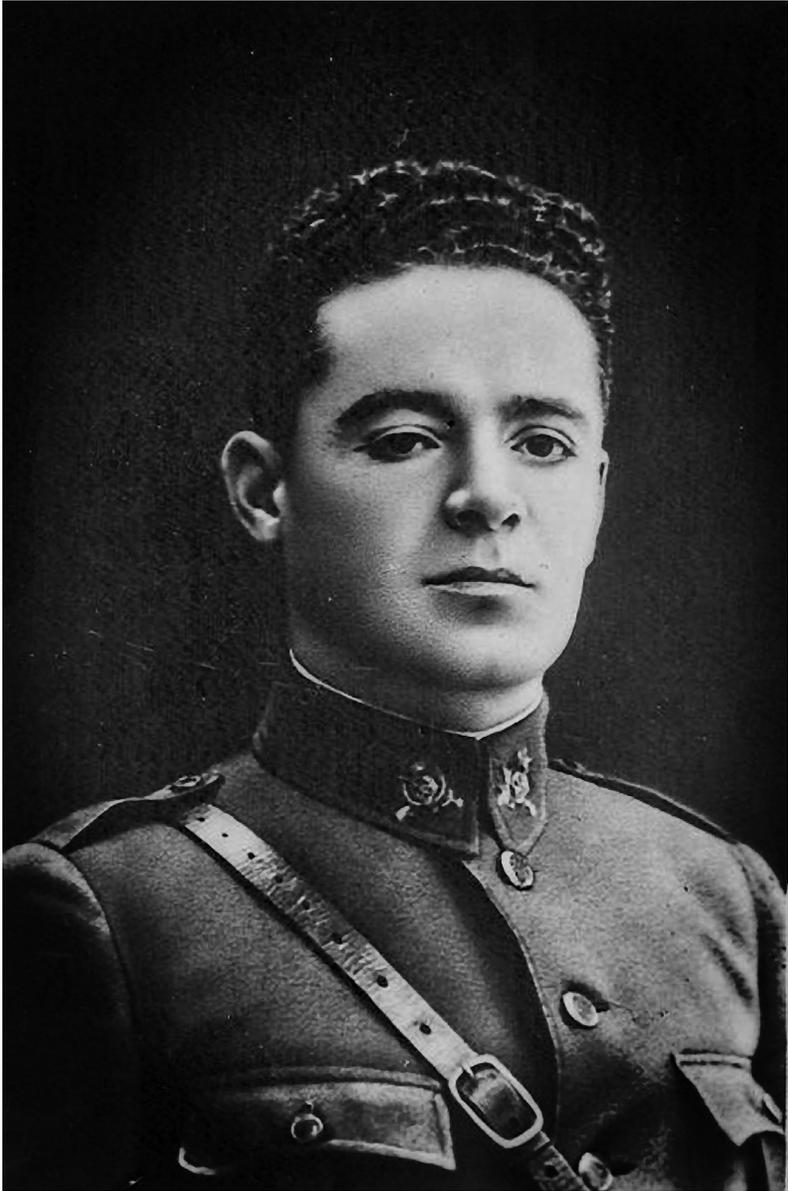
Published by Stockcero, Inc.  
3785 N.W. 82nd Avenue  
Doral, FL 33166  
USA  
stockcero@stockcero.com

[www.stockcero.com](http://www.stockcero.com)



Fuente: <http://hablemosdehistorias.blogspot.com/es/>





## ÍNDICE

Introducción .....	ix
<i>La guerra colonial española en Marruecos</i>	
<i>La narrativa sobre la guerra colonial española en Marruecos</i>	
<i>Fermín Galán y el nuevo romanticismo</i>	
<i>La barbarie organizada y la nueva objetividad</i>	
Referencias bibliográficas citadas .....	lxi
LA BARBARIE ORGANIZADA	
Capítulo I .....	1
Capítulo II .....	17
Capítulo III .....	23
Capítulo IV .....	31
Capítulo V .....	47
Capítulo VI .....	77
Capítulo VII .....	83
Capítulo VIII.....	93
Capítulo IX .....	113

## INTRODUCCIÓN

### LA GUERRA COLONIAL ESPAÑOLA EN MARRUECOS

En el prólogo al libro de Gómez Hidalgo *Marruecos, la tragedia prevista* (1921), Marcelino Domingo escribía que la presencia colonial de España en el norte de África «es la derrota del Estado español. Del Estado español que no ha sabido ser en África médico, ni maestro, ni ingeniero, ni juez, ni autoridad civil, ni soldado» (Domingo: 21)<sup>1</sup>. Para el intelectual y político republicano, España «no ha construido nada» allí. Otro escritor, Manuel Ciges Aparicio, publicaba, unos años antes, un ensayo crítico contra la guerra, *En la paz y la guerra (Marruecos)* (1912), en el que analizaba el paso de España por esta zona colonial y cuyo resumen era: campos agrícolas abandonados por el conflicto bélico, caciquismo militar y corrupción, incluso una labor religiosa de los franciscanos resuelta a «secundar los intereses reaccionarios, oponerse a toda tentativa innovadora para que persista la política de la inercia, que a la larga sólo favorece a los belicosos, por ser las armas el único recurso que se reserva a la solución de cualquier conflicto» (Ciges Aparicio, 1912: 63). La larga guerra colonial española en Marruecos tuvo su origen hace ya más de quinientos años.

Desde el comienzo del siglo XV se suceden las expediciones, por parte de ejércitos de los reinos de Castilla y Aragón, en el norte de África. Las tomas de diversas plazas y ciudades, desde

---

1 Siguió igual tras el final del Protectorado español, en 1956, en que Marruecos obtuvo la independencia, pues mantuvo el Sáhara en su poder. Incluso se negó a celebrar un referéndum de autodeterminación en 1970 aprobado por la ONU. Cuando quiso realizarlo, cuatro años más tarde, las acciones y presiones de Marruecos y las luchas del, entonces, recién creado Frente Polisario fueron determinantes para volver a aplazarlo. La política española no hizo nada con la invasión marroquí de parte del territorio (durante la llamada «Marcha Verde», en 1975) y en febrero de 1976 comunicaba su retirada de la zona, dejando que Marruecos incorporara estos territorios. El conflicto, de hecho, sigue entre Marruecos y el pueblo saharauí.

Mazalquivir hasta Trípoli (en 1509) hacen que la corona de Castilla domine todo el litoral norteafricano. La Ceuta colonial portuguesa sería incorporada a la corona de Castilla en 1580 tras una crisis sucesoria en el reino de Portugal. Sin embargo, la inestabilidad de estos enclaves debidas a las sucesivas derrotas producidas desde 1510, junto al cambio de políticas respecto de estos lugares estratégicos, el avance de los turcos, el afán por impulsar el imperio en América y Europa y la presencia de Francia e Inglaterra en la zona, fijaron, finalmente, el territorio colonial español:

Las posesiones españolas en el norte de África quedaron reducidas a los denominados «presidios»: Ceuta, Melilla, y los peñones de Alhucemas y Vélez de la Gomera (este último, recuperado en 1674). España no se planteó en ningún momento el abandono de Ceuta, por considerar indispensable el mantenimiento de la plaza como contrapeso de la presencia británica en Gibraltar. En cambio, entre 1791 y 1814 hubo repetidas tentativas de ceder los presidios menores (Vélez y Alhucemas) a cambio de ventajas comerciales; el proyecto se frustró finalmente por la oposición británica a una preponderancia comercial hispana. En 1799, los reinos de España y Marruecos firmaron un tratado de paz, amistad, comercio y navegación que reguló sus relaciones hasta el tratado de 1861, concertado tras la guerra de 1859-1860. (Villalobos: 15).

Es sobre este territorio sobre el que se dirime la primera guerra colonial de España en Marruecos, la de 1859-1860, dirigida por Leopoldo O'Donnell. Comienza como una respuesta a los incidentes, magnificados y manipulados, según un buen número de historiadores, que empezaban a ocurrir en esta zona:

Como advierte A. Joly, «sería un error ver en los sucesos desarrollados en el verano de 1859 en el campo fronterizo de Ceuta la verdadera causa, y no el motivo ocasional de la guerra». El gobierno de la Unión Liberal mostró en numerosas ocasiones —expediciones a la Cochinchina, México, Perú o Santo Domingo— su disponibilidad a re-

currir a aventuras exóticas para obtener réditos en el interior. O'Donnell buscó en una guerra exterior una empresa de carácter nacional que reuniera alrededor del Trono a un país, unos partidos y un ejército divididos y enfrentados por una larga etapa de pronunciamientos y guerras civiles. La guerra se concebía como un medio de regeneración nacional que permitiría a España afirmarse como potencia europea. (Villalobos: 18).

Tal vez por ello, la guerra no tuvo un objetivo definido, ni una planificación militar adecuada, lo que no impidió que las tropas españolas, que perdieron alrededor de 7000 hombres, entre los caídos en los frentes de batalla y por el cólera, dominaran el territorio. Los costes de la guerra no fueron compensados con las reparaciones impuestas al sultán. Empezaba así la «carnicería de cristianos y gasto inútil de fondos públicos» que había sido anunciada por el capitán Martín Galindo en 1497 cuando informó al rey Fernando de Aragón sobre las posibilidades de ocupar Melilla, en aquel momento desguarecida por querellas entre los monarcas magrebíes (Villalobos: 7).

La campaña de 1859-1960 reintrodujo en el debate público el asunto del Imperio y bloqueaba el verdadero «problema de nuestro tiempo»: el de la no resuelta revolución burguesa y la constitución de las naciones en la que estaban sumergidos los países europeos:

La declaración formal se produjo el 22 de octubre de 1859, y desde ese momento el país se sumió en una euforia colectiva de índole militarista y religiosa. Todos los grupos políticos con representación en la Cortes, excepto los carlistas, apoyaron la decisión gubernamental y se avinieron a una tregua en sus disputas mientras durase el enfrentamiento. A esa habría que sumar la multiplicidad de actos y manifestaciones colectivas e individuales que por doquier surgieron en pro de la guerra, incluido el ofrecimiento de las joyas reales por parte de Isabel II para contribuir a la financiación de la campaña. Todo esto empujó el ánimo nacional hacia un sentimiento belicista proclive

a considerar lo que se avecinaba una suerte de epílogo de la Reconquista. En este sentido, comenta García Figueras, autor poco sospechoso de mantener actitudes antibelicistas: «el asunto se desenfocó completamente. Se dio a aquella guerra el carácter de una cruzada, se recordó a Isabel la Católica, a Cisneros, a Carlos V, al Imperio Español». (López Barranco: 7-8).

El mandato que la reina de Castilla había dejado en su testamento (1504) era «que no cesen las conquistas de África y de pugnar por la fe contra los infieles».

A pesar del tratado de paz firmado entre la monarquía española y el sultán de Marruecos, en 1893 vuelven a producirse enfrentamientos e incidentes graves en los territorios coloniales por la actividad del ejército español más allá de los límites establecidos en torno a las ciudades de Ceuta y Melilla para crear una red de fortificaciones alrededor de las mismas. Los conflictos duraron un año apenas y el ejército español, dirigido por Arsenio Martínez Campos, teniendo más de un centenar de muertos, acabó con la resistencia indígena y mantuvo las posiciones «de seguridad». Esta guerra «no declarada», como señala María Rosa de Madariaga, «no llegó a ser nunca una guerra entre España y el Imperio jerifiano, sino entre España y las cabilas próximas a Melilla» (Madariaga, 2017: 114). Sin embargo, se había comenzado a producir una incipiente oposición a la guerra derivada, sobre todo, de un movimiento obrero cada vez más influyente y activo socialmente:

La campaña de 1893, poco cruenta y aparentemente victoriosa, tuvo repercusiones muy negativas para España; Puell la considera «el aldabonazo previo al desastre del 98». La gestión de la crisis puso de manifiesto el escaso margen de maniobra del gobierno español para actuar sin el beneplácito de las grandes potencias. Los defectos de organización de la campaña mostraron a los ojos de todo el mundo la incapacidad y falta de preparación española para desarrollar una adecuada acción militar. (Villalobos: 26).

A comienzos del siglo XX se produce un cambio en el estatuto político de Marruecos debido a los cada vez más amplios intereses de las potencias europeas en el territorio. Desde la Conferencia de Algeciras<sup>2</sup>, en 1906, hasta la instauración del protectorado, en 1912, Alemania, Inglaterra, Francia y España se repartieron el territorio convirtiéndolo en zonas de influencia comercial (creación de infraestructuras eléctricas y de comunicación) y política, así como de control de los recursos naturales (compañías españolas y francesas se establecen en Marruecos dedicadas a la extracción de minerales, y a la apertura de obras de ingeniería)<sup>3</sup>.

En este periodo había aparecido ya una literatura sobre la guerra y un buen número de testimonios de soldados y oficiales participantes en la misma. La más conocida y valorada: el *Diario de un testigo de la guerra de África*, de Pedro Antonio de Alarcón, que recoge las crónicas escritas durante la contienda de 1859 publicadas, inicialmente, en la revista *El Museo Universal*, y el mismo año en forma de libro. La obra de este escritor fue un éxito de ventas y se convirtió en un texto de referencia para las obras posteriores, tanto en lo que se refiere a la representación literaria de los acontecimientos bélicos como por la descripción de los espacios y pueblos marroquíes, así como por fijar la figura del *testigo* sobre el que van a ocurrir la mayoría de los hechos narrados. El mismo Pérez Galdós lo toma como base para su episodio nacional de 1904-1905 *Aita Tettauen*. Con todo, el aspecto más importante, desde el punto de vista ideológico, es la aparición de los estudios africanos, coincidiendo con la expansión colonial europea, bajo el impulso de la creciente influencia de ciencias humanas como la antropología. En España se creó una Real Sociedad Geográfica Española en 1876 que reunió a una parte importante de los llamados «africanistas» y en 1883 la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas. Inmediatamente se realizaron los primeros congresos, y conferencias. Estas instituciones «fueron el instrumento básico para organizar (...) exploraciones al servicio de objetivos imperiales» y estaban encaminadas a la apertura de mer-

---

2 Aunque hubo una «Conferencia de Madrid» (1880) que planteo la cuestión del reparto colonial, la fundamental, por los acuerdos que lo vertebran, fue esta de Algeciras. Cf. Víctor Morales.- *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos* (1898-1927), Madrid, Siglo XXI, pp. 52 y ss.

3 Cf. *Origen y dinámica del colonialismo español en Marruecos*, pp. 75-77

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS CITADAS

- ANÓNIMO (1922).- *El señor Feliciano en la República del Rif*, Melilla.
- BAREA, Arturo (2000).- *La forja de un rebelde*, Madrid, Debate.
- BENJAMIN, Walter (1990).- *Discursos interrumpidos, I*, Madrid, Taurus.
- BERTARND FAUQUENOT, Luis (1985).- «Mito y verdad de Fermín Galán» en *Historia 16*, nº 109, Mayo, pp. 11-32.
- CARRASQUER, Francisco (1992).- «Sender entero ya en Imán» en Ramón J. Sender, Imán, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. IX-CLXXXVI
- CASTAÑAR, Fulgencio (1992).- *El compromiso en la novela de la II República*, Madrid, Siglo XXI.
- CIGES APARICIO, Manuel (1912).- *En la paz y la guerra (Marruecos)*, Madrid, Pueyo.
- \_\_\_\_\_. (1986).- *El libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert.
- DESVOIS, Jean Michel (1982).- «La prensa frente al desastre de Marruecos, de Annual al Monte Arruit, 23 de julio de 1921 a 13 de agosto de 1921» en VV.AA.- *Metodología de la historia de la prensa española*, Madrid, Siglo XXI, pp. 233-244.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, José y ARDERIUS, Joaquín (1931).- *Vida de Fermín Galán*,
- \_\_\_\_\_. (1976).- *El blocao*, Madrid, Turner.
- \_\_\_\_\_. (2004).- *Crónicas de la guerra de Marruecos (1921-1922)*, Gijón, Ateneo Obrero de Gijón.
- DÖBLIN, Alfred (2013).- *L'art n'est pas libre, il agit, Écrits sur la littérature (1913-1948)*, Marsella, Agone.

- DOMINGO, Marcelino (1922).- «Prólogo» al libro de Gómez Hidalgo *Marruecos. La tragedia prevista*, Madrid, Pueyo.
- FUENTES, Víctor (2007).- «Introducción» al libro de José Díaz Fernández *El blocao*, Buenos Aires, Stockcero, pp. Vii-xxiii
- GALÁN, Fermín (1924).- «Ensayo de desarme. Grandes kaides», en *Revista de Tropas Coloniales*, n° 2, Febrero, p. 24.
- \_\_\_\_\_. (1924).- «Apuntes para el desarme. Gran Kaíd único», en *Revista de Tropas Coloniales*, n° 5, Mayo, p. 24.
- \_\_\_\_\_. (1924).- «Las tendencias nuevas», en *Revista de Tropas Coloniales*, n° 8, Agosto, p. 8.
- \_\_\_\_\_. (1934).- *Cartas*, Madrid, Editorial Castro.
- \_\_\_\_\_. (1979).- *Nuevas ideas*, Barcelona, Producciones editoriales.
- GARCÍA, Dolors y NOGUÉ, Joan (1999).- «Colonialismo, imperialismo y exploración en geografía. Nuevas aportaciones críticas sobre orientalismo y postcolonialismo», en Nogué y Villanova (eds).- *España en Marruecos*, Lleida, Milenio, pp. 35-54.
- GÓMEZ, Esteban (2005).- *La insurrección de Jaca*, Escego editorial
- \_\_\_\_\_. (2008).- *Semblanza biográfica de Fermín Galán Rodríguez*. [http://www.rolde.org/content/files/magazine\\_31\\_07\\_galan.pdf](http://www.rolde.org/content/files/magazine_31_07_galan.pdf)
- LA PORTE, Pablo (2001).- *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- LITVAK, Lily (1986).- *El sendero del tigre. Exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX, 1880-1913*, Madrid, Taurus.
- LÓPEZ BARRANCO, Juan José (2006).- *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*, Madrid, Mare Nostrum.

- MADARIAGA, María Rosa de (2006).- *En el barranco del lobo*, Madrid, Alianza Editorial.
- \_\_\_\_\_. (2017).- *Historia de Marruecos*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- MARTÍN, Miguel (1973).- *El colonialismo español en Marruecos (1860-1956)*, París, Ruedo Ibérico.
- MARTÍNEZ DE BAÑOS, Fernando (2005).- *Fermín Galán Rodríguez. El capitán que se sublevó en Jaca*, Zaragoza, Ediciones DELSAN.
- MORALES LEZCANO, Víctor (1976).- *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927)*, Madrid, Siglo XXI.
- NOGUÉ, Juan José y VILLANOVA, José Luis (ed.) (1999).- *España en Marruecos*, Lleida, Milenio.
- OÑA FERNÁNDEZ, Juan José (2008).- *Los años convulsos. El fotógrafo Alfonso y la Sublevación de Jaca (1923-1936)*, Huesca, Pirineum Editorial.
- PEÑUELAS, Marcelino (1971).- *La obra narrativa de Ramón J. Sender*, Madrid, Gredos.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2004).- *Aita Tettauen*, Madrid, Akal.
- PRIETO, Indalecio (1990).- *Con el rey o contra el rey. Guerra de Marruecos*, Barcelona, Planeta, 2vv.
- RAMIRO DE LA MATA, Javier (2001).- *Orígenes y dinámica del colonialismo español en Marruecos*, Ceuta.
- RODRÍGUEZ MEDIANO, Francisco y DE FELIPE, Helena (ed.) (2002).- *El protectorado español en Marruecos*, Madrid, CSIC.
- RUIZ ALBÉNIZ, Víctor (1922).- *España en el Rif (1908-1921)*, Marruecos
- SARTRE, Jean-Paul (1987).- «El colonialismo es un sistema» en *Escritos políticos*, 2, Madrid, Alianza Editorial, pp. 23-37
- SENDER, Ramón J. (1992).- *Imán*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.

- \_\_\_\_\_. (1993).- *Primeros escritos (1916-1924)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- \_\_\_\_\_. (2008).- *Proclamación de la sonrisa. Ensayos*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- ULLMAN, Joan Connelly (1972). *La Semana Trágica: estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España, 1898-1912*, Barcelona, Ariel
- VICENTE HERNANDO, César de (2013).- «La obra de Fermín Galán: una filosofía de avanzada» en el libro *Una generación perdida. El tiempo de la literatura de avanzada (1925-1935)*, Doral, Stockcero, pp. 87-101
- \_\_\_\_\_. (2017).- *Teoría social de la literatura*, Madrid (en prensa)
- WOOLMAN, David (1971).- *Abd-el-Krim y la guerra del Rif*, Barcelona, Oikos-tau

# LA BARBARIE ORGANIZADA

*Novela del Tercio*<sup>31</sup>

---

31 ESTA EDICIÓN: Reproducimos la primera edición de esta novela publicada por Editorial Castro en 1931. Hemos modernizado la ortografía y el léxico. También se han corregido los laísmos.



## CAPÍTULO I

## EMPIEZA MI VIDA

Una voz íntima me alienta y me excita.

—Haz un último esfuerzo. El hombre que quiere trabajar encuentra trabajo. No te declares derrotado.

Pero las fuerzas me fallan en mi ya larga peregrinación de hambriento. He llamado aquí. Allá, he pedido. En este lado he rogado. En aquel otro me he humillado. No puedo hallar un sitio en donde trabajar y honradamente ganar mi sustento.

Una tarde de otoño gris y helada. El cielo cargado de plomo parece aplastar la vida entera. Fuerza invisible me empuja hacia un banderín de enganche. Es una mansión cuartelera con aspecto de viejo convento emancipado.

Ante un oficial obeso y rasurado doy un nombre: Gustavo Pedrol de Nieva. Me dan una boleta de soldado y dos panes que no rechazo, que necesito para no caerme de hambre. Salgo al exterior con timidez, avergonzado de mí mismo. Una brisa penetrante y viva me da en el rostro serenándome.

¿Qué rumbo lleva mi vida? ¿Se lo trazo yo acaso? ¿No es ella la que sobre mí se impone y me empuja, me empuja? ¡Qué terrible es vivir en la compañía de tantos hombres y solo!... ¡Solo...! ¡Qué grande es la indiferencia de todos para el caído! ¿Indiferencia?... No soy exacto. ¿Hostilidad? Sí. Hostilidad es la expresión.

Hago mi presentación como soldado voluntario en la Plana Mayor de Mando de la Legión<sup>32</sup>.

---

32 Inicialmente llamado Tercio de Extranjeros, la Legión Española, a imitación de la Legión Extranjera Francesa, es una fuerza especializada del ejército creada en 1920, compuesta por soldados voluntarios y profesionales, no de reemplazo. Diseñada por José Millán-Astray, la Legión intervino en África y después se usó en la represión de diversos conflictos, como la insurrección armada en Asturias, en octubre de 1934.

\* \* \*

Es anochecido. Llego al amplio campamento de instrucción donde reciben educación militar los legionarios. Las luces parpadean en una gran extensión.

Un cabo me conduce a un pabellón que rebosa hombres por los flancos.

—Levanta un jergón— me dicen.

—Esta es tu cama. Deja tus cosas allí encima. Mira el conjunto humano almacenado...

Y me sigue hablando con palabras suaves, llenas de afecto.

—Estos son tus compañeros. Y yo, para cuanto necesites, puedes venir a mí. Te enseñaré. Te orientaré. Mi cama es la última de esta fila.

Se marcha.

Pongo mi equipo sobre una percha habilitada para este fin. Mientras lo hago, se me acerca un compañero.

—¿Has llegado hoy?—me pregunta sonriente.

Y casi seguido habla.

—Llegas triste... Eso nos pasa a todos. Es la novedad, ¿sabes? El cambio siempre le sorprende a uno. Aquí el trato es afectuoso, aunque existe rigidez. Pero no es una rigidez bruta, sino comprensiva y amable...

Llega otro compañero. Y otro, y otro. Hasta cinco, seis o diez... No lo sé. Me rodean. Me preguntan con cortedad unos. Con desfachatez otros. Contesto a lo que sé y puedo. Me confunden. Concluyo por azorarme y perder mi personalidad. Uno de los presentes inquiere mi nombre. Y como si comprendiera mi situación embarazosa, dirigiéndose a otro, dice:

—Vamos a celebrar la venida de este camarada... Anda, Pedrol, vente con nosotros. Y me saca del grupo cogiéndome del brazo. Yo me dejo arrastrar. Ya fuera del pabellón uno de mis amigos me infunde confianza.

—Te extraña esto; pero, ya verás. Aquí somos buenos camaradas. La unión existe entre nosotros. Pronto te acostumbrarás.

Entramos en una cantina. Varias mujeres están sentadas en las piernas de unos legionarios. Beben y fuman y ríen. Sobre todo ríen, con risa metálica extraña.

—¿Qué te parece? —me dice uno de mis generosos amigos haciendo alusión al cuadro que tenemos ante nuestros ojos.

—Bien —contesto, sin cabal conocimiento.

El otro dice:

—La vida del campamento está en estas cantinas concentrada.

Nos sirven unos vasos de cerveza. Hablamos de algo. De cosas leves. Yo les pregunto cómo se llaman.

—Melchor Brabante —me responde uno—. Soy nacido en Coimbra— agrega.

—¿Portugués?

—Justamente.

—Jaime Torrelles —me contesta el otro.

Brabante es un muchacho fuerte y vigoroso. Velludo como un oso. De rostro franco y rudo. Torrelles es de facciones y modos delicados. Alto, delgado. De rostro serio y enigmáticamente expresivo. Al portugués apenas se le nota el acento natural de su lengua. Torrelles, sin embargo, posee un ligero acento catalán.

—Catalán soy, de Reus —exclama.

—¿Y tú? —me pregunta Brabante.

—Soy castellano —contesto—, nacido en un pueblecito de la Vieja Castilla.

—¡Oh! Muy bien —exclama el portugués—. Portugal, Castilla y Cataluña. Iberia —agrega jovial—. ¡Iberia...!

Frente a nosotros hay sentados tres compañeros. No hablan. Cada uno abstraído mira a un punto imaginario. ¿Qué pensarán?

Dos mesas más allá, otro compañero, solo. Tiene ante sí una copa y media botella de coñac. Con rapidez bebe copa tras copa mientras lee un papel que guarda para volverlo a sacar y leer de nuevo, volviéndolo a guardar y a sacar y a leer una y otra vez. ¡Qué raro!

Al fondo las prostitutas discuten entre sí o con los compañeros que las atienden. De cuando en cuando, en el grupo que forman,

suenan un grito, una risa procaz, una blasfemia, un suspiro grosero, un juramento, que sobresale por encima del tono de una conversación activa y animada.

Un compañero, con la cabeza blanqueada por los años, entra acercándose casi seguidamente a nosotros. Saluda a mis dos amigos. Y luego, haciendo alusión a mí, dice:

—¿Un nuevo camarada?

Torrelles nos presenta.

—Andrés Bustillo —habla dándome el nombre del recién llegado. Colombiano de nación y un buen amigo nuestro.

Bustillo es hombre ya de edad madura. Su rostro ofrece un gesto invariable. Su boca cortada en una sonrisa, no expresa con claridad si es triste o alegre. Algo encorvado mira al suelo y mueve a cortos intervalos la cabeza de un lado para otro. Un sello de honda preocupación domina a toda su persona.

Salimos fuera. Damos unas vueltas por una ancha avenida. Tocan a lista. Y luego con timidez, haciendo dulzonas sus palabras:

—Bien, hombre, bien —me dice—. Ya te irás iniciando en esta vida que tiene un poco de todo.

Brabante, Torrelles y yo, nos encaminamos a nuestro pabellón. Las cantinas se vacían. Por todas partes los hombres corren camino de sus alojamientos. La corneta los ha expulsado a todos de todas partes.

—Soy uno —me digo—. Uno, uno más.

Rompemos fila. Y me pierdo en la confusión de la colmena lanzada a la dispersión.

Salgo al exterior arrastrado por la masa que me desborda. Ya fuera, solo, sin saber adónde voy, vago por el campamento. Múltiples pensamientos se agolpan en mi mente amontonándose unos sobre otros. Mi cabeza arde. Anda sin orientación. Recorro el recinto a la ventura. Llego a unas rocas que me hacen tropezar. En un extremo de ellas me siento. Miro al cielo plagado de estrellas que tiemblan en la inmensidad del abismo. Miro al mar, a mis pies. Está partido en dos por una faja de plata que la luna le ciñe.

Está quieto. Solo la faja se mueve sobre sí misma como si tratara de hacer plana la superficie de las olas. Contemplo las dos inmensidades. La del cielo y la de las aguas profundas. Y veo la pequeñez de mi ser.

Pero mi alma, desdeñándose a mí mismo, está presente, triturándose dolorosa con sus atribuciones violentas. ¡Cuánto más felices seríamos si no tuviéramos alma! No sufriríamos, me digo. Divago. No tengo valor para seguir luchando con la vida. ¿Qué debo hacer? ¿Insistir en la pelea...? ¿Siempre se encuentra un pedazo de pan pagado con el sudor de la frente? No; siempre no. Yo no lo he encontrado.

La noche se hace oscura. Me envuelve con su quietud silenciosa. Torno hacia mi pabellón, pero no conozco el camino. En la esquina de una casa veo un legionario en actitud inmóvil. Me aproximo a él. Da un gemido.

—¿Qué hay? —dice con voz gangosa.

Le observo y comprendo que está borracho. Le pregunto qué camino debo seguir. Me acompaña. Entre insultos me lo enseña extendiendo una mano mientras con la otra se apoya en mi brazo para no desplomarse. Le sujeto. Juntos, tropezando aquí y allá llegamos a mi pabellón, que también es el suyo.

Abrimos la puerta. Un sargento nos espera.

—¿De dónde venís? ¿De la cantina? ¿No habéis oído tocar silencio? —grita huraño.

De un fuerte golpe en el pecho me derriba sobre la cama. Me incorporo. Y me golpea de nuevo en la cara. Sus dos manos las siento en mi rostro como dos hierros ardiendo que me quemaran.

No sé qué hacer. Vacilo. Detrás de mí, un legionario viejo habla al sargento.

—Es un muchacho nuevo, que no sabe.

—¿Que no sabe? —dice—. Así aprenderá. ¡Hala! A la cama. ¡Y ya sabes que al toque de silencio debes estar acostado!

Me obliga para que ayude a llevar al borracho a su camastro.

—¡A dormir! —me grita descompuesto, todavía.

Me ahogo. No sé explicar la sensación que siento. Cuando ya

acostado me tapo, subo la manta sobre la cabeza y lloro amargamente. ¡Pobre de mí! ¡Soy una cosa! ¡No soy nadie!

\* \* \*

He estrechado mi amistad con Bustillo. Terminada la jornada nos reunimos. Y juntos recorreremos las afueras del campamento, buscando en la soledad, tranquilidad a nuestros espíritus. ¡Cuántos coincidimos!

La vida ha traído al colombiano al mismo lugar que a mí, por camino diferente. Él, antes de ser legionario, no ha pasado hambre. No ha sufrido los rigores de la hostilidad de los hombres. Ha llevado una vida relativamente holgada. Sin preocupaciones materiales. Pero ha logrado poco a poco, en meditaciones sucesivas, abarcar una concepción pesimista y fatal de la vida. He aquí la causa de su estancia en la Legión.

—Cuando yo establecí mis primeras conclusiones —me explica—, creí que eran falsas. Y me esforcé en destruirlas por medio de un razonamiento metódico y ordenado. Pero cuanto más me esforzaba por cambiar el horizonte en que mi espíritu se movía, más me adentraba en lo que ahora es para mí una verdad inmutable y confortante.

Y continúa:

—Créeme, Gustavo. Puede que el tiempo abra ante tus ojos otra visión más feliz que la mía. Pero aunque así sea, esa visión será mentira. Estoy seguro. La única visión verdadera es la de que no tiene ningún objeto nuestra existencia.

¿Para qué vivimos, di? ¿Qué fin cumplimos en este mundo...? Llena de angustias y de dolores, la humanidad vive un calvario trazado sobre una trayectoria milenaria, sin que nada justifique ese calvario ni la existencia misma. ¿Por qué vivimos? ¿Para qué? Créeme. Amigo mío, vivir es una cobardía. La vida es un sufrimiento continuo sin finalidad formal alguna.

No sé por qué pienso, escuchándole, que no está en lo firme. En mi interior siento que sus razonamientos son falsos. Sin em-

bargo, no los refuto. Asiento. Mi estado de ánimo encuentra en sus palabras un consuelo.

Puesto que la vida no tiene ninguna finalidad –me llegó a decir–, es justo preguntarse: ¿Para qué vivimos entonces? ¿Por capricho acaso de un Dios que se complace en martirizarnos? Y siendo esto así, ¿qué valor tiene la vida? Es cierto. Vivir es una cobardía.

E interrogo a Bustillo:

—¿Y cómo si piensas así, continuas viviendo?

—No tengo valor para matarme –me responde fríamente–. Muchas veces lo he intentado y no he podido. Me han faltado fuerzas.

\* \* \*

Ambos queremos morir sin que tengamos que hacer por nuestra parte ninguna violencia. Paso mi recuerdo, en estos días que tanto sufro, por los años vividos desde niño y no encuentro en ellos más que aliento para acabar con mi vida miserable. Mis juegos. La muerte de mi padre. Los apuros de mi madre por sacarme adelante. Nuestra miseria concentrada en un modesto hogar de labriegos que fueron acomodados y que perecieron con sus predios<sup>33</sup> en mano de la usura. Una olla al día. Una comida. A veces, pan solo para el día entero. Otros días, ni pan con que engañar el hambre. Así pasaba el tiempo. Mi madre enfermaba. Yo crecía... Muerta mi madre, cerré aquella pequeña casa que tantos dolores guardaba y hui del lugar a tomar parte activa en la lucha horrorosa de los hombres. Era un muchachuelo con más ánimo que fuerza. Con más ilusión que vida. La ciudad me acogió hostil. Mendigué. Un día me recogieron y me llevaron a una casa de caridad o cosa semejante. Me dieron de comer, sitio donde dormir y un plazo para buscar trabajo. Encontré un puesto de recadero en una posada. Luego cambié de casa entrando de botones en un hotel, debido a la mediación de un viejo amigo del posadero. Por mis propios medios traté de instruirme. Aprendí

bien a escribir. Luego empecé a leer para ir cultivándome. Tales visiones renacen hoy en mi mente con fuerte colorido de fatalismo y de tragedia... Luego, los pasos que di solo.

Cada día era mayor mi afán por saber. Y todas las horas disponibles, las aprovechaba en adquirir conocimientos. ¡Qué envidia me daba ver, de mañana, pasar ante la puerta del hotel a los muchachos de mi edad con sus libros debajo del brazo! ¡Ellos podían consagrarse de lleno al estudio, sonrientes, sin otro que-hacer que se lo impidiera! Yo, no.

A los dos años justos en el hotel a que hago referencia, me dieron un puesto de escribiente en la oficina. Me subieron el sueldo y creí haber ascendido a una alta categoría intelectual. Y no fue esto así, pero gané mucho, porque pude dedicar más tiempo a mi instrucción. Nadie me orientaba, nadie encauzaba mi afán en una directriz concreta. Lo que aprendía, era multi-forme, descohesionado, sin ningún rumbo verdadero. La asimilación de hoy era confusión mañana, que dejaba en mi ánimo una huella de decepción. Pero no por ello desistía. Seguía leyendo. Seguía estudiando sin descanso.

A los tres años de ser escribiente en el hotel, pasé a ser escribiente de una oficina de empresa con mejor retribución. Meses después me despedían de este sitio por exceso de personal. Traté de recuperar la plaza del hotel perdida. Ya estaba ocupada. Otro hambriento como yo había clavado en ella su garra. Desde entonces, he desempeñado todos los oficios, todos los trabajos. Mi calvario es largo y renuncio a hacer su historia. Pude tener un equilibrio, y hasta lo que se llama suerte, si hubiera sido un poco servil y adulator. Pero no supe adular a nadie. Esta ha sido, sin duda, la causa principalísima de mi desastre. Más no me pesa. Estoy satisfecho de mí mismo. Cuando el hambre me acosó, inhumanamente, me humillé en un esfuerzo instintivo de hombre que se anula. Y entré en la Legión, que me ofreció un punto de refugio, exigiéndome, en cambio, la libertad y la vida. Pero antes de mi alistamiento, mi libertad y mi vida, estaban sacrificadas.

Todo mi pasado, tan breve, tan agitado, desfila ante mis ojos,

en estos días en que mi pensamiento, hermanado con la idea de un fin rápido, lucha todavía como buscando una resistencia donde apoyarse, quizás para evitarme tan decisivo paso. Pero la estrechez y el dolor que oprimen a los hombres, forman ante mí una barrera imponente, reduciendo el horizonte de mis pocos años a una cruel y dura decisión. Morir es no sufrir —pienso—. Morir es descansar de una vida huérfana de alegrías, que ninguna bondad contiene y que ninguna piedad nos da.

Cuanto más medito la forma de matarme, más me decido por pegarme un tiro. Solo. En cualquier ocasión. En cualquier momento. Así se lo digo resueltamente a Bustillo. Él trata de convencerme, para que antes dispare sobre él. Pero me niego a ello. Mátate tú a ti mismo, le digo.

\* \* \*

Estoy en una cama.

—Reacciona, reacciona —oigo decir—. Menos mal.

A mi lado reconozco a Torrelles y a Brabante. Mi herida pierde gravedad. En la enfermería del campamento donde estoy, me cuidan bien. Estoy atendido. Todos los días vienen a verme Torrelles, Brabante y Bustillo, que alegan ser mis mejores amigos. Algunos oficiales también vienen. Me preguntan tímidamente por los motivos de mi determinación. Guardo silencio. Ninguno insiste. Mi caso no será el primero, verdaderamente, donde viven como yo tantos desahuciados. El comandante llega. Viene solo. Se sienta en una silla cerca de la cabecera. Me habla paternalmente. Quiere saber las razones que me han impulsado al suicidio.

—Debes comprender —me dice— que por muy grandes que sean tus íntimos motivos, eres muy joven. Con el tiempo, los sinsabores de hoy, se diluyen para dejar paso a nuevas sensaciones de goce y de optimismo. Por muchos que sean tus sufrimientos la nota viril debe imperar siempre. ¡Qué sería si no de los hombres!

Habla de esta manera. Insiste en mi juventud y en que de ella espere. En que después de la triste experiencia vivida, se resta-

blecerá en mis pensamientos el tono propio, alegre y activo de mis años.

—Pero dime —pregúntame amablemente—. ¿Que causa ha sido?

Yo voy a contestar, pero no puedo. Me quedo un momento confuso. Medito no sé en qué. El corazón se me oprime. Los ojos se me bañan en lágrimas.

—Soy un desdichado —digo—. Y siento no haber muerto.

El comandante, prudente, guarda silencio. Después habla.

—Serénate, serénate. Que todavía no estás bien. Y puedes empeorarte.

En pie ya, dispuesto a marcharse, me coge una mano, la pone entre las suyas y arguye:

—¡Pedrol! Ya vives. Ya eres otra vez nuestro. Dame tu palabra de honor de que no volverás a intentar jamás lo que ahora has pretendido...

Hago un movimiento afirmativo con los ojos.

—Cuando necesites una ayuda, un consuelo, acude a mí. Como si yo fuera tu mejor amigo.

Y se marcha.

En mi consciencia, surgen pensamientos, ideas, que se oponen, que se enlazan. Mi cuerpo tiembla.

—He de renacer —me digo—. Mi vida no me pertenece. La he vendido para comer. ¡La he vendido! Y debo llorar mi gran desgracia, la gran desgracia de vivir...

Torrelles entra. Me mira.

—¿Qué te pasa?—me dice cariñosamente.

—Nada.

—¡Oh, no, Pedrol! —habla sentándose en la silla abandonada por el comandante—. Tú sigues sufriendo. Y esto no puede ser. Es preciso que yo sepa los motivos. Es preciso. Me vas a contar. Sin ocultarme nada. Háblame como si hablaras a un hermano, que es lo que soy y quiero ser para ti.

Sus palabras me conmueven. Nadie me ha hablado nunca de esta manera. Su acento es cálido, sentido. Un hermano mío, si lo

tuviera, no hablaría con la emoción que él ha hablado.

—Mi historia —le digo— es la historia de un vulgar desdichado. ¿Qué he de contarte? Nací en la miseria, viví un poco de tiempo con relativa holgura, y caí de nuevo en la miseria. La desesperación es una cosa lógica. Y si a este estado de ánimo unes la convicción de que la vida no merece ser vivida —convicción apoyada en mi triste experiencia—, ello te explicará mi situación. Mi deseo de morir. Y mi honda tristeza de hoy, por no haber acertado a matarme.

—Calla, calla —me interrumpe—. No hables de morir. Has de vivir. Debes vivir.

Hay una pausa entre nosotros. Sin saber por qué nuestros ojos se encuentran dos, tres, cuatro veces. Con rápidas miradas, reveladoras en cada uno de pensamientos que pugnan por salir, quizás no muy divergentes. Pero ni él ni yo hablamos. La pausa se prolonga.

—No creas que aquí todos gozamos y que vivimos la vida alegre y despreocupada que vive la mayoría —dice después de un rato de silencio—. Aquí hay quienes, por razones varias, llegan con sus vidas destrozadas y con la intención de hallar la muerte en un combate.

Sus ojos se clavan en el suelo. Queda inmóvil, quieto.

—Hago mal en preguntarte por tu pasado —prosigue— y tú haces bien en no hacer tu historia para evitar los recuerdos que te dañan. Pero dime, Pedrol; ¿por qué has venido a la Legión? ¿Por qué eres soldado?

—¡Oh! ¿Por qué? —digo—. ¿No es acaso un medio...? ¿Una dirección, al fin, para acabar de una vez...?

—Pero, ¿has venido voluntario...? —habla él, con gesto enérgico y a la vez afectuoso.

—¿Voluntario? —le respondo—. Voluntario he venido; pero forzosamente empujado por los azares de la vida...

—¡Ah!—exclama—. Es lo de todos. Es nuestra paradoja. Voluntarios de una voluntad ajena a la voluntad nuestra...

—¿Luego tú?—insinúa.

—Sí. Yo también soy un desdichado —me dice con sentimiento.

Alentado por la fraternidad en que estamos, trato de estimularle para que continúe hablando. Pero llega Brabante y se interrumpe la conversación.

—¿Qué? ¿Qué tal marchas? —me dice el portugués jovial y simpático.

Cambiamos unas palabras sin importancia. Sobre cosas del exterior. Y Torrelles reanuda el hilo de la charla que antes sosteníamos.

—Mucho hablamos Melchor y yo de lo mal dispuestas que están las cosas humanas —dice—. Y aunque no logramos llegar a un acuerdo en nuestras ideas, tengo la seguridad, querido Pedrol, que si te hubieras franqueado con nosotros y nos hubieras dicho lo que proyectabas, tus inquietudes se hubieran suavizado. Tu resolución se hubiera desvanecido.

Brabante nos mira a ambos. Hace un gesto como si asintiera a lo dicho por Torrelles. Este sigue:

—Bustillo piensa con lógica aparente. Bustillo no tiene razón. Ni tú tampoco.

Voy a hablar, pero Brabante no me deja. Torrelles, continúa:

—Es cierto que la humanidad, apenas se la contempla, ofrece un completo pesimista y fatal. Todo camina y nadie sabe adónde vamos. ¿Pero aun así?... ¿Qué fundamentos tiene nuestra visión de las cosas humanas, para asegurar que vivir es una cobardía? Cobardía es confesarse impotente, aun cuando sea uno aplastado. Cobardía es anularse a sí mismo para entrar en un ambiente morboso que, ahoga lo máspreciado del hombre, su libertad. Cobardía es renunciar a la vida por el hecho de verla accidentalmente destrozada. ¡No! Vivir no es una cobardía. La cobardía es matarse para no vivir. ¿Qué fin cumplimos con existir? ¿Para qué vivimos? —decís vosotros, con vuestro pesimismo trágico—. Y yo respondo: la especie vive sin ningún fin. La vida tiene su fin en sí misma. La libertad es el eje de la vida. Cuando no hay libertad... ¿Cuál es la base en que apoyáis vuestros principios, al decir que vivir es la gran desgracia de los hombres?

Al llegar a este punto se detiene, mira a Brabante, me mira a